

BARÓMETRO de la política llaman algunos a la Bolsa, y nunca más oportunamente que hoy se ha podido aplicar la frase. Ya en alza, ya en baja, ya vacilante, ya firme, sigue todas las oscilaciones de su inseparable compañera, y en este momento, sin duda por imitarla, está, como vulgarmente suele decirse, a *ver venir*.

Las cuestiones políticas, así dentro como fuera de nuestro país, han entrado en un período de expectación fecundo sólo en cálculos y esperanzas. La misión secreta del general Quesada; la expedición del señor Méndez Núñez y el futuro Banco Nacional, son materia más que suficiente para mantener vivos el interés y la ansiedad de los que se ocupan con predilección de estos asuntos. Esperemos a que el tiempo se encargue de resolver los problemas que cada cual plantea a su modo, para consignar su resultado positivo, y

mientras se mantienen en el nebuloso estado en que se encuentran, tratemos de buscar por otra parte asunto a nuestra periódica revista.

De la cuestión alemana, cuyo amenazador horizonte hizo temer por un momento a Europa que iba a estallar la tormenta, tampoco se tienen noticias que se puedan calificar de interesantes. Austria y Prusia han quitado la mano del pomo de sus espadas, llevándola al sombrero para saludarse cordialmente por medio de algunos despachos diplomáticos, y la pompa de jabón se ha deshecho. En los demás países también se mantienen *in statu quo* los asuntos políticos: fuerza será que aprovechemos esta especie de tregua para echar una ojeada sobre algunas cuestiones artísticas y literarias que en la actualidad se agitan entre nosotros.

Entre estas cuestiones, comienza a ser objeto de encontrados pareceres la del local destinado a España en la próxima Exposición Universal de París. Esperamos que en breve, personas ilustradas y competentes en la materia que se debate, favorecerán las columnas de *El Museo* con meditadas observaciones, hijas de un estudio detenido de la cuestión, hecho sobre el mismo terreno; pero

esto no obstará a que, sin entrar en todos sus detalles, digamos hoy algunas palabras acerca de ella. Bien porque la iniciativa oficial no ha sido suficientemente activa y poderosa, bien porque en la masa de nuestros artistas e industriales no ha penetrado lo bastante el convencimiento de su utilidad, es lo cierto que, en las exposiciones anteriores, España ha hecho un papel bastante desairado, por no decir ridículo. Si el estado de nuestras artes, nuestra agricultura y nuestra industria fuera tan lastimoso y decadente que hiciera inútiles todos los esfuerzos del país por conservarse a una altura digna, nosotros seríamos los primeros a sentir en silencio, deplorando interiormente las causas de esa triste decadencia, a atenuar en lo posible el efecto producido en Europa por la exhibición de nuestro atraso, y aconsejar, por último, que se renunciase a figurar de ninguna manera al lado de las demás naciones, si no se podía hacer con cierto decoro.

Pero no es así: España, si no en la medida que los países que marchan a la cabeza de la civilización, tiene elementos bastantes para hacer ver que no permanece ajena del todo al movimiento de adelanto del siglo XIX: y su renaciente industria, sus artes, que en

poco tiempo han tomado un vuelo prodigioso, unidas a los productos de su fecundo suelo, pueden figurar dignamente en el concurso universal, modificando la equivocada idea que de nuestro país se tiene en el mundo.

Para conseguir tan satisfactorio resultado, es necesario que, combinándose los esfuerzos particulares con los de la administración, allanen los obstáculos y las preocupaciones de todo género, que muy especialmente se encuentran en un país que aún no ha adquirido la costumbre de vencerlos; es necesario que así en la elección como en la colocación de los objetos suplan el acierto y el buen gusto al número y la calidad; es necesario, en fin, que tratándose, si no de competir, de colocarse al lado de naciones que, sobre la ventaja material que nos llevan, hacen un particular estudio del aparato teatral de la exhibición, y saben doblar el efecto de las cosas, colocándolas convenientemente, no vayamos a prescindir de estos requisitos tan importantes, cuando se ha de juzgar por la impresión, presentándonos como suele decirse *a la pata la llana* a formar un contraste lastimoso con las encantadoras coqueterías y las refinaciones de buen gusto de las artes y las industrias extranjeras.

La experiencia adquirida en otras exposiciones nos indujo a creer que algo había de remediarse en la que se prepara.

El movimiento y la animación que se hizo notar cuando se publicó la convocatoria parecía señal evidente de que poco a poco comenzaba a dársele a este asunto toda la importancia que merece; pero a medida que se acerca el plazo vemos ir apareciendo unas tras otras las mismas dificultades y reproducirse idénticas quejas.

La Administración se duele de que los particulares no secunden sus esfuerzos: los particulares, a su vez, dicen que la Administración se encoge de hombros a sus justas exigencias. En tanto el tiempo corre, el término se aproxima y mientras los otros países no descansan un punto en sus trabajos, rivalizando entre sí en actividad y celo, aquí marchan las cosas con una lentitud desesperante. Y no es éste, después de todo, el mayor mal, sino que a las causas de desaliento y disgusto enumeradas ha venido a unirse últimamente la desconfianza de que el local que se nos destina sea bastante a satisfacer los deseos de los expositores españoles.

Noticias particulares recibidas de París dan por seguro que nuestra nación, peor repre-

sentada o menos exigente que las otras naciones, sólo ha podido obtener un reducido espacio, en el que apenas cabrían amontonados, como en un almacén, todos los productos y objetos que trata de enviar. Ignoramos hasta qué punto un disculpable sentimiento de amor propio nacional herido por las preferencias y ventajas concedidas a otros países menos importantes podrá haber exagerado el fondo de verdad que hay en el asunto; de todos modos, creemos que el Gobierno español debe gestionar vivamente para que se subsane el daño, pues de no conseguirlo, se justificarían las prevenciones de los que se retraen, se malograrían los esfuerzos de los que tratan de exponer, y el resultado del concurso sería en último término ponernos una vez más en evidencia a los ojos de Europa.

Al mismo tiempo que de este asunto, que como es natural preocupa ahora en primer lugar a los que se encuentran más directamente interesados en él, se vuelve a hablar de la exposición de los objetos traídos por la Comisión científica del Pacífico, como de un acontecimiento próximo a realizarse. Al efecto parece que los trabajos emprendidos en el jardín Botánico, donde ha de tener lugar, marchan rápidamente a su terminación, de modo

que, habiendo llegado ya al puerto de Barcelona setenta y dos cajones que componen la última remesa de los objetos que han de exponerse, el acto de la inauguración podrá celebrarse dentro de los días que restan del mes de abril.

Antes que los jardines del Botánico abran sus puertas a los inteligentes y curiosos atraídos por el interés de actualidad que inspira una exposición que parece que en cierto modo se relaciona con la guerra que España sostiene en estos momentos en América, habrán de estar expuestas al público las interesantes tablas que, según dijimos en nuestra revista, llamaban mucho la atención de los arqueólogos y aficionados a este género de antigüedades.

Las pinturas de estas tablas, que ya hemos tenido ocasión de examinar, son, según presumíamos, más dignas de estima como documento curioso para la historia del arte, que obras de mérito positivo. Las muestras del período a que pertenecen no son, sin embargo, únicas, ni tan raras que antes de ahora no pudieran haberse estudiado. En Toledo, y en el friso del artesonado de estilo muzárabe de una de sus parroquias, hemos visto tableros con una ornamentación muy semejante

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

en la forma, y realzada asimismo con imágenes de caballeros y animales fantásticos, toscamente diseñadas con una línea oscura sobre los vivos colores del fondo. Si, como nosotros creemos conveniente, al Museo Nacional de pinturas se le imprime un carácter histórico, procurando reunir los bastantes cuadros españoles para dar una idea exacta de los principios, la marcha, el desenvolvimiento y las intermitencias de postración del arte en nuestro país, la adquisición de las tablas del castillo de Curiel, como recuerdo histórico y como página interesante de la época en que la pintura comenzaba tímidamente a ensayar sus primeros pasos, contribuyendo a la ornamentación de los artesonados del palacio, de los muros del templo y de las márgenes del libro, nos parece que sería de grande utilidad y verdadero interés.

EN el momento en que el agio toma por su cuenta un asunto político, ya puede decirse que hay tela cortada. Poco importa que las hojas oficiales y los documentos diplomáticos se esfuercen por hacer la luz sobre el negocio, presentándolo bajo su verdadero punto de vista; los especuladores del miedo, cuya imaginación supera en fecundidad e inyectiva a la de los novelistas más famosos, forjan a cada paso una nueva fábula, y, transformando lo posible en probable, y lo probable en cierto, cuando ven que una cuestión explotable languidece y concluye la toman por su cuenta, y, aderezándola a su capricho, cada día la hacen aparecer bajo una nueva forma; cada día, por decirlo así, nos la sirven en diversa salsa.

Algo que se relacionase con las breves reflexiones que dejamos apuntadas podríamos decir respecto a lo que sucede en la actuali-

dad entre nosotros; pero como al revés de lo que aconseja el refrán, debemos ocuparnos más bien de la casa del vecino que de la propia, aplicaremos la observación a la política extranjera en general, y particularmente a la cuestión alemana ayer concluída, según el criterio de los periódicos y los personajes mejor informados, y hoy vuelta a sacar a la arena de la pública discusión bajo una forma inesperada, merced a los que tienen interés en que se prolongue por un tiempo indefinido. En una de nuestras revistas anteriores nos ocupamos de las notas cambiadas entre los Gabinetes de Viena y Berlín, en virtud de las cuales Austria y Prusia, que por un momento amenazaron envolver a Europa en una guerra terrible, después de darse todo género de satisfacciones aparecían completamente de acuerdo para remitir a la Dieta la decisión de sus diferencias y el arreglo de sus encontrados intereses.

Mientras duró el estado de tirantez entre las dos grandes potencias alemanas la Bolsa seguía todas las oscilaciones, ya favorables a la paz, ya precursoras de la guerra, significándose este movimiento de un modo más o menos sensible, según las relaciones financieras de cada país con los que iban a entrar en

la lucha. A río revuelto, ganancia de pescadores, dice el adagio. A bolsa vacilante, provecho de agiotistas, podemos repetir nosotros, y sólo así tendremos la explicación de la avidez con que todas las noticias referentes al asunto eran discutidas, comentadas y aun adornadas y corregidas entre los hombres de negocio. Arreglada la cuestión, cesaban las ocasiones de jugar con ventaja, y esto precisamente era lo que había sucedido. Pero he aquí que de la noche a la mañana se presenta bajo un punto de vista al mismo tiempo más temible y más probable. Según las afirmaciones de un periódico belga que se adelanta hasta a publicar el texto. Prusia e Italia acababan de celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Mr. de Bismark ayudará al Gabinete de Víctor Manuel a apoderarse del Veneto, y el rey Galantuomo, en cambio, prestará a Prusia su cooperación para realizar los planes de unidad alemana en provecho exclusivo del Gabinete de Berlín. La cosa es grave. Por fortuna para responder de la veracidad de esta trascendental negociación no se tienen más datos que un tratado *secreto*, que a los cuatro días de celebrarse un periódico belga comunica, *en secreto* también, a todos los círculos políticos de Europa. La noticia,

pues, no ha surtido todo el efecto que debiera, si exceptuamos el punto en que tal vez se tenía más interés de que lo surtiese. El dinero es medroso y de su miedo nace la credulidad. Los valores públicos han oscilado, pronunciándose por un momento en baja en casi todas las Bolsas europeas y a estas horas estará ya dado el golpe. Cumplida su misión, la pavorosa noticia se desvanecerá como el humo, la esperanza y la paz volverá a renacer y hasta otra. Esta es la historia eterna, de la cual cada día aparece una edición, y que el vulgo nunca acaba de aprender de memoria.

Respecto a nuestros asuntos de Chile y el Perú, tampoco han faltado nuevas inverosímiles durante la semana; pero en esta cuestión la experiencia parece que nos ha prevenido un poco, y los inventores, desconcertados con algunos chascos, se limitan a cálculos y conjeturas. No por eso faltan quienes afectan saber mejor acaso que el mismo general Quesada el qué y el cómo de su misión, relatando punto por punto sus instrucciones secretas, como si el Gobierno antes de ponerlas en manos del jefe de marina hubiese tenido la amabilidad de dárselas a leer a media docena de curiosos.

Lo cierto del caso es que, aunque algo se

presume, nada se sabe, y si bien en uno de los correos próximos esperamos detalles del recibimiento que han hecho al *Huascar* y la *Independencia* los buques de nuestra escuadra que se habrán adelantado costosamente a darles bienvenida, y acaso se confirme también el brillante resultado de la expedición del señor Méndez Núñez a Chile, hasta que llegue la época sólo podemos confirmar las noticias que hacían subir a dos el número de buques inutilizados a los enemigos en el último combate, y que pintan con los colores más sombríos la situación financiera de Chile y el estado de sus plazas comerciales.

La política, pues, como ven nuestros lectores, sigue ofreciendo muy reducido campo a los que para apreciar su curso desean partir de bases seguras, o lo que es lo mismo, de noticias ciertas. Trasladándonos a otro terreno, se encuentran más fácilmente asuntos de qué ocuparnos.

La preciosa comedia de costumbres del señor Rubí, de cuyo estreno hicimos mérito en el número próximo pasado al ofrecer a nuestros suscriptores el retrato del autor, sigue llamando la atención del público, que todas las noches acude al afortunado coliseo de la plaza del Rey, al mismo tiempo que merece

las más lisonjeras apreciaciones por parte de los críticos que hasta ahora se han ocupado de ella.

El reducido espacio de que podemos disponer en una revista consagrada a tantos y tan diferentes asuntos, no nos permite hablar de esta notable producción con el detenimiento que reclama. No obstante, debemos consignar que, así por lo profundo del pensamiento del señor Rubí, que ha encontrado una fórmula sencilla para encarnarle, como por las bellezas literarias en que abunda, merece los unánimes aplausos que el público y la Prensa le tributan. ¡La sociedad marcha por un camino extraviado! He aquí el grito angustioso de los escritores moralistas en el libro y en la escena. Cada cual busca por su lado un vicio que estigmatizar, una costumbre perniciosa que corregir, una pasión poco noble que poner de relieve, una hipocresía a que arrancarle la careta. En la resolución del problema social que tenemos ante los ojos, la mayor parte se han limitado a atacar aisladamente algunos de los efectos, buscando el origen propio de la enfermedad especialísima que se proponían combatir en lo que más directamente tiene relación con ella.

El señor Rubí, buscando el principio mor-

boso generador de tantos males, el germen primero y único que luego se desarrolla tomando formas tan diferentes, ha encontrado el verdadero punto vulnerable de la cuestión. *La familia*, el hogar doméstico es el núcleo de la sociedad, de la gran familia humana; del hogar doméstico irradian a fuera todas las virtudes o los vicios, cuyos gérmenes se pueden extirpar o fecundar más fácilmente en el primer período de su desarrollo. En la comedia del señor Rubí, sencilla en la forma, pero profunda en la idea, se aborda y se resuelve esta inmensa cuestión. La verdad de los caracteres de sus personajes es tal, y tan acabado el estudio que de la escena hace el autor, que a todos nos parece conocerlos, que no hay apenas una idea iniciada en el discurso de la obra, que si no tan brillante y con una fórmula tan bella, no nos haya asaltado alguna vez la imaginación. La comedia del señor Rubí realiza el ideal del género.

Es propiamente un espejo en el que se refleja el interior de una familia, cuyas buenas y malas cualidades son harto comunes. Al público le basta ver aquella fiel imagen para reconocerse.

El legítimo triunfo del autor de esta nueva comedia ha venido a hacer patente una vez

más que tenemos autores dramáticos dignos sucesores de los que en otras épocas dieron tantos días de gloria al famoso teatro español. Faltáanos, sin embargo, elementos materiales para que la escena de nuestro país se coloque a la altura que le corresponde.

Entre estos elementos es uno, sin duda, la construcción de un edificio digno de albergar la musa dramática española. Los que la rinden culto se muestran estos días muy animados con el proyecto de un teatro nacional, que ha de levantarse en breve merced al esfuerzo de algunos particulares. La incansable y poderosa iniciativa de don Eduardo Asquerino ha vuelto a agitar este asunto. Son tantos los obstáculos que se oponen a una empresa de tanta magnitud, que no podemos menos de temer que en ésta, como en las anteriores tentativas, el proyecto de teatro Nacional no pase de la esfera de la ilusión. Sin embargo, hoy que todo se fía en el asunto al interés individual, acaso tenga mejor fin que cuando se apoyan en esas protecciones oficiales que todo lo entorpecen y esterilizan.

Como objeto de especulación, que no por eso dejaría de prestar un gran servicio al arte, posible será, pues, que el teatro Nacio-

nal llegue a construirse; pero aun después de construido, y contando con obras de verdadero mérito, queda un problema por resolver: ¿Y los actores?

Mientras éste y otros proyectos que han de dar mayor importancia a la escena dramática se realizan, la música, que de día en día cuenta con más numerosos adeptos, adelanta a grandes pasos en el camino del favor para con el público de la corte. Verdad es que con maestros tan inteligentes y activos como el señor Barbieri, y profesores tan admirables como los que secundan sus esfuerzos no es difícil propagar la afición por tan divino arte.

Sea cuestión de lujo o de moda, el espectáculo lírico ha echado tan profundas raíces entre nosotros, que su mantenimiento es al presente una necesidad artística de primer orden. Gracias a la influencia de la ópera italiana, el oído del público se ha educado poco a poco, preparándose su inteligencia a entrar de lleno en el dominio de la música sabia y profunda de los grandes maestros clásicos. Algunas fiestas musicales del Conservatorio y la sociedad de cuartetos, en sus deliciosas sesiones filarmónicas, iban preparando la

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

transición en un círculo privilegiado. Falta-
ba sólo dar un carácter más popular a estos
conciertos, y he aquí lo que ha logrado el
señor Barbieri en los que ha ofrecido en el
Circo del Príncipe Alfonso.

SEGUN anunciamos, la ceremonia para colo-
car la primera piedra del edificio desti-
nado a Biblioteca y Museos Nacionales se ha
llevado a efecto con la brillantez y la ani-
mación que hacía presumir el general desco-
de que se realizase pronto y de una manera
digna un acto de tanta importancia para las
artes y las letras españolas. En otro lugar de
nuestro periódico. y acompañando al dibujo
que la representa con todos sus detalles, da-
mos noticias más circunstanciadas de esta ce-
remonia, que ha dejado un grato recuerdo en
el ánimo de la multitud de personas notables
en los círculos políticos, artísticos y litera-
rios de la corte que acudieron a presenciarla.

Debiendo ocuparnos en la revista de otros
asuntos, nos limitaremos a consignar aquí la
satisfacción que este suceso ha producido en
cuantos se interesan por los adelantos y las
mejoras de nuestro país, en el cual. aunque

luchando siempre con obstáculos difíciles de vencer, el espíritu de progreso ni se desanima ni se detiene, y, si bien con lentitud en algunas ocasiones, sigue invariable el camino que ha de llevarnos a estado más próspero.

En medio de las preocupaciones políticas, de cada vez más hondas, cuando las cuestiones de Hacienda comunmente circunscritas en la esfera de los grandes intereses son objeto hoy de la atención de todo el país, que aguarda verlas resueltas en una ansiosa expectativa, es verdaderamente maravilloso que no se apague el entusiasmo y la fe de los que esperan un porvenir más risueño y bonancible, y que no se echen al olvido los proyectos de reformas y mejoras cuya necesidad es tan generalmente sentida. Por más que la situación que atravesamos deba calificarse de difícil, naciones como la nuestra hallan en las mismas contrariedades motivo de redoblar sus esfuerzos y desplegar nueva energía, siendo a veces los obstáculos que detienen su marcha causas providenciales que las impulsan a persistir en la demanda con más ardientes bríos.

Al mismo tiempo que se colocaba la primera piedra del edificio que ha de prestar decoroso albergue a las letras y las artes es-

pañolas, ha vuelto a hablarse de la construcción del nuevo teatro donde los escritores dramáticos encontrarán escena digna de sus producciones. Y no son estos proyectos los únicos de que en la actualidad se ocupan la Prensa y las personas más directamente interesadas en llevarlos a cabo. También se trata de abordar una de las reformas que más han de contribuir a dar a la capital de España el aspecto de cultura y adelanto propio de una población moderna e importante. La construcción de un camposanto digno de Madrid, a que aludimos en las anteriores líneas, es, sin duda, una de las necesidades que más se sienten.

Después de haber visto los modelos de este género que ofrecen las demás capitales de Europa, en los cuales se esfuerza el arte, ayudado de la naturaleza, para realizar el ideal de esa última morada del hombre, llena de majestad imponente o de melancólica hermosura, causa verdadero disgusto traer a la memoria nuestros prosaicos y repugnantes cementerios, donde se empaquetan los cadáveres en nichos que recuerdan los cajones numerados del estante de una droguería.

Bueno es que, una vez puesta la primera piedra del cimiento, se prosiga con actividad la obra del magnífico edificio destinado a las

artes; bueno que se piense en la construcción de un nuevo teatro; que se trate del trazado de nuevos jardines, del mejoramiento de ciertas localidades, hasta de levantar una nueva plaza de toros; pero, al mismo tiempo, no debe olvidarse que el planteamiento de un campamento, sujeto a las condiciones artísticas e higiénicas puestas en práctica en otros grandes centros, o la reforma radical de los que hoy existen; es una de las obras que Madrid reclama con mayor urgencia, por ser el asunto en que se interesan el decoro de toda la población y el sentimiento particular de cada uno de sus habitantes.

Como es natural, mientras se han agitado estas cuestiones y proyectos la política ha permanecido estacionada, o más bien dicho, porque la política no ha ofrecido novedad alguna, estos proyectos han llegado a preocupar y a servir de tema a las conversaciones. La cuestión de Chile sigue en el mismo estado en que la dejamos en nuestra anterior revista. Las últimas noticias del Pacífico han dejado al público en esa ansiedad que deja el capítulo de un folletín interesante cuando se lee al pie: *la continuación en el próximo número*. De la exactitud con que se ha contado el desenlace de la expedición del brigadier

Méndez Núñez, del cual hubo algunas vagas noticias, y del resultado de la empresa confiada a la pericia y discreción del general Quesada debemos igualmente decir a nuestros lectores: *la continuación al próximo correo*.

En cambio, el telégrafo y las correspondencias extranjeras han traído la noticia primera, y algunos detalles después, del atentado contra la vida del emperador de Rusia. La persona que se arrojó a un acto tan atrevido se cree que no estaba en el cabal uso de sus facultades. Es un propietario a quien el decreto de emancipación de los siervos había traído pérdidas bastante considerables. Para consumir el crimen se aproximó al carruaje del emperador, y cuando le tuvo a tres pasos de distancia le hizo fuego con un revólver. Sin duda hubiera conseguido su objeto, si un agente de Policía que se encontraba inmediato no se hubiese arrojado sobre el culpable, sujetándole el brazo, y desviando por consiguiente, la dirección de la bala, que fué a clavarse en una pared próxima. Este suceso de que en la actualidad se ocupan todas las publicaciones extranjeras, ha dado lugar a que algunas se detengan en los comentarios de un contraste que desde luego salta a la vista. Dos actos señalan, por decirlo así, el